

LOS MELLIZOS

Palabra clave: Razón

Bobbie y Billie eran dos pequeños hermanos mellizos. Vivían en la hermosa California, donde el sol brilla casi todos los días y los niños pueden jugar al aire libre bajo el sol.

Era el día después de su quinto cumpleaños, y la tarde de su primer día de escuela. Cada noche, su madre les permitía jugar media hora con sus juguetes antes de irse a la cama. Esta tarde estaban jugando a la escuela, y estaban contando los pequeños bloques de madera que tenían dibujos de animales y las letras A, B, C. Quizás ustedes tienen algunos así.

Poco después, desde la cocina, donde estaba hablando con Janie, la hermana de los mellizos de diez años, su madre escuchó las voces agudas de dos pequeños niños emocionados.

—Sí está bien —decía Billie.

—No está bien —decía Bobbie.

—Sí está.

—No lo está.

—Por amor de Dios —le dijo la madre de los mellizos a Janie—, escucha a esos niños.

Preguntándose de qué se trataba la disputa, entró en el comedor donde los niños estaban jugando. Allí vio dos rostros preocupados, y Billie sostenía un bloque con dibujos en cada mano.

—Mamá —dijo Bobbie—, Billie quiere hacer tres bloques con dos; solo escúchalo.

Sosteniendo los bloques, uno en cada mano, Billie dijo:

—Mira, mamá, este bloque es uno, ¿verdad?

—Pues sí —dijo Mamá.

—Y este otro bloque es dos, ¿verdad?

—Sí, Billie, así es —dijo Mamá.

—Entonces —dijo Billie—, uno y dos hacen tres, ¿verdad, mamá?

—Pero solo tienes un bloque en cada mano, Billie —dijo Mamá—, y uno más uno son dos; pero si tuvieras dos bloques en una mano y uno en la otra, entonces serían tres.

—Pero, mamá —argumentó Billie—, uno y dos sí hacen tres, ¿verdad?

—Bueno, Billie, veamos —dijo Mamá—. Supongamos que le das un bloque a Bobbie y un bloque a Mamá, y tú te quedas con el tercero.

Así que Billie le dio un bloque a Bobbie y un bloque a Mamá, y por supuesto no le quedó ninguno para él, lo cual lo dejó muy confundido. Así fue como aprendió a pensar por sí mismo y a usar su mente. Mamá se sintió contenta porque eso mostraba que los mellizos habían empezado a usar sus ojos, sus oídos y sus mentes, lo cual habían comenzado a aprender a hacer en la escuela.

—Ahora, niños —dijo Mamá—, como ya estamos contentos otra vez, guarden ordenadamente sus juguetes y escuchemos el cuento de la tarde.

Mamá les contaba un cuento todos los días sobre alguien que había hecho algo grande para ayudar al mundo. Antes les había hablado de un hombre llamado Bell, que había inventado el teléfono, y

de Edison, que había hecho cosas tan maravillosas con la electricidad. Esta tarde les habló de Henry Ford, que había construido tantos automóviles e hizo feliz a mucha gente porque el precio del automóvil no era demasiado alto, y con él podían llegar más rápido al trabajo entre semana, y los domingos, después de la Escuela Dominical, podían salir a pasear y mostrarles a sus familias los hermosos paisajes del campo.

Este cuento hizo que los mellizos quisieran crecer y convertirse en hombres para poder también hacer actos útiles en el hermoso mundo de Dios. Así que Mamá les dijo que para hacer eso debían ir a la escuela, donde aprenderían muchas cosas útiles. También les dijo que no debían pelearse entre ellos; en cambio, cuando no estuvieran de acuerdo sobre algo, debían pedirle a una persona mayor que decidiera el asunto. De esa manera usarían la razón y crecerían para ser bondadosos y también sabios.